

M
PASTORAL

DEL

Exmo. y Rvmo. Sr. Obispo Diocesano

AL PUBLICAR

LA

ALOGUCION DE S. S. LEON XIII

SOBRE

JORDÁN BRUNO



52.346

MONTEVIDEO

TIPOGRAFÍA URUGUAYA. — BUENOS AIRES, 155

1889

PASTORAL

Nos Don Inocencio María Yéregui, por la gracia
de Dios y de la Santa Sede, Obispo de Montevideo,
Prelado Doméstico de Su Santidad, etc

Al Venerable Clero y Fieles de la Diócesis, salud y bendición en N. S. Jesucristo:

«Ecce vicit Leo de tribu Juda,
et iniquitas mentita est sibi.» *He aquí que ha vencido León, y la iniquidad se ha mentido á sí propia.* Apoc. 5, 5. Psal. 26, 12.

Las persecuciones y ultrajes inferidos á la Iglesia y al Romano Pontífice, han redundado siempre en espléndidos triunfos y en grandes victorias; porque el Dios que es autor de la Iglesia no permite, ni puede permitir el mal, sino para sacar el bien en sus

últimas consecuencias. Por eso en el catolicismo el número de sus victorias se cuenta por el de sus persecusiones; y jamás sus enemigos han podido prevalecer, ni prevalecerán: *non prævalebunt*. Además de la promesa divina, parece que la experiencia de diez y nueve siglos de luchas y victorias debiera bastar para engendrar esta convicción en los espíritus más débiles pusilánimes.

Y hé aquí, amados fieles, que podemos recordaros al respecto un ejemplo muy reciente.

La impiedad, haciendo alarde de un gran triunfo contra el Pontificado, acaba de escandalizar al mundo con la apoteosis del desgraciado apóstata Jordan Bruno, que la Iglesia arrojó de su seno por su apostasia, sus vicios y sus errores. El espíritu de incredulidad ha recogido esa memoria infame, la ha endiosado y la presenta á las falanges de incrédulos y sectarios del mundo, cual si fuera la de un héroe y de un sabio extraordinario, como el mártir augusto de un gran ideal; que lejos de ser grande no es más que el símbolo de la razón humana extraviada, al rechazar la sublime religión que redimió al género humano de su degradación, legando á las sociedades modernas la civilización y la cultura, de que tan justamente nos gloriamos.

Y bien ¿cuál ha sido el resultado de esa conjuración de las sectas masónicas y de

la impiedad contra el Pontifice reinante? Que la impiedad se ha engañado á si misma y brindado la ocasión de un gran triunfo al Leon de Judá: «Ecce vicit Leo de Tribu Juda ... et iniquitas mentita est sibi.»

Un monumento y una apoteosis á Jordan Bruno. ¡Insensata y necia aberración!

Levantar del desprecio y del olvido la personalidad vulgar y degradante de un triste apóstata, para oponerla á la gloriosa, eminente y sabia de León XIII, y simbolizar en ella el triunfo de la causa de la irreligión é incredulidad, es el más necio y menguado desatino, que lleva aparejada la más vergonzosa derrota. No sabemos, en verdad, que compadecer y extrañar más en esa actitud insensata asumida por las sectas, si el desacuerdo de la elección, la pobreza moral é intelectual del personage, comparado sobre todo con el grande y sabio León XIII, ó los alardes impudentes de impiedad y apostasia, que solo han servido para cubrir de oprobio é irrisión á sus promotores ante el mundo entero. Por consiguiente la aposteosis de Jordan Bruno que acaban de hacer en Roma los incrédulos y sectarios de todos los matices, de impia ha dejenerado en ridicula y desacertada; y es evidente que la impiedad ha sido infeliz en la elección del personage por ser uno de los apóstatas más vulgares y corrompidos; se ha mentido á así misma. La figura grosera, cinica y depravada de Jor-

dan Bruno, es tan repugnante y tan desprovista de mérito y de cualidad alguna sobresaliente, que aún está muy por debajo de cualquiera de los corifeos de la incredulidad; de manera que su apoteosis se ha convertido en ludibrio é irritación, hasta para los liberales menos intolerantes. Y de este modo la pretendida glorificación del desgraciado apóstata ha constituido una infamia sin nombre, con ultraje del mismo libre-pensamiento, que quería dignificarse en la persona del fraile degradado; *iniquitas mentita est sibi.*

¡Qué espectáculo para la civilización moderna, terriblemente vergonzoso! Viéronse reunidas en Roma falanges inmensas de sectarios é incrédulos que, al mismo tiempo que, para ultrajar la fe cristiana, se gloriaban de rendir culto á la razón y á la libertad, prostituían ambas al pie de la estatua de un misero renegado, tan desprovisto de sabiduría y de genio, como abyecto por sus vicios y pasiones! Así, pues, esa gran manifestación de impiedad, hecha sin pretexto plausible aún para la misma incredulidad, solo ha servido para engendrar entre la gente sensata un efecto contraproducente de indignación y desprecio y hacer exclamar á todos: hé aquí que ha vencido el León de Juda, á quien se pretendía infamar: «Ecce vicit Leo de tribu Juda». ¡Jordan Bruno ante León XIII! El vicio ante la virtud, la infatuación del error ante la sabiduría, el apó-

tata vulgar ante el invicto defensor de la fè y de la moral !

Semejantes triunfos de la impiedad, no pueden sino redundar en victorias gigantescas para la Iglesia y el Pontífice. Con razon, pues, dice el Episcopado español en la protesta elevada con ocasión del monumento á Jordan Bruno: «Por más que los enemigos de la Iglesia agoten sus recursos, que frecuentemente se convierten en gloriosos triunfos para ella, esta no se rinde ni debilita; y la repugnante y sacri-lega apoteosis de uno de los monstruos más abominables que recuerda la historia, esfuerzo supremo de la impiedad, al levantar con insentato y degradante empeño la figura del desdichado Bruno delante de la brillantísima de S. S. León XIII, no servirá sino para aumentar la fè, la piedad y el valor del pueblo cristiano; para combatir en todos los terrenos en pró de la causa del Pontificado, que es la de nuestro divino Redentor, Jesucristo».

Y así ha sucedido, empezando por el Emperador de Austria, que reprobaba el inicuo atentado, felicitando á S. S. León XIII por su protesta en el Consistorio Extraordinario; así como las innumerables protestas del Episcopado y de la prensa católica, demuestran que ese insensato ultraje á la Santa Sede de parte de sus enemigos, ha reavivado el interés de los católicos en defensa de los derechos é independencia de la Sede Apostólica.

Por lo demás, la importancia y el significado que la incredulidad ha querido dar neciamente al monumento erigido en Roma al apóstata Jordan Bruno, ha justificado la actitud enérgica de S. S. León XIII al protestar contra semejante infamia, recordando al Episcopado católico la conveniencia de imitar su ejemplo para ilustrar á los fieles acerca de la personalidad del degraciado Jordan Bruno, rechazar el ultraje que se ha pretendido inferir al Gefe de la Iglesia y reparar con actos de piedad cristiana la ofensa hecha á la Religión. La Iglesia ha triunfado siempre de todas las persecusiones y calumnias orando, ilustrando y convenciendo.

Hé aquí, amados fieles, porque queremos publicar solemnemente en nuestra Diócesis la enérgica y sabia Alocución de S. S. León XIII pronunciada en Consistorio Extraordinario al reprobar tan vergonzoso y nefasto acontecimiento; pues así comprendereís tambien el objeto y significado de nuestra Pastoral-Protesta. Además, después de haceros conocer ese notable documento pontificio, nos permitirémos añadir algunas breves reflexiones para ilustrar vuestra conciencia cristiana y excitaros á la reparación moral que semejante desacato exige de parte de los fieles, convirtiendo así los actos de la impiedad en ocasión de hacer el bien.

Hé aquí, pues, el documento pontificio:

ALOCUCION

PRONUNCIADA

POR S. S. EL PAPA LEÓN XIII

EN EL

CONSISTORIO EXTRAORDINARIO

TENIDO EL DOMINGO XXX DE JUNIO DE MDCCCLXXXIX

Venerables Hermanos:

Lo que ya os dijimos, hablandoos en este mismo recinto, de los nuevos y graves atentados que se preparaban en esta ciudad contra la Iglesia y el Pontificado, se ha realizado puntualmente con gran amargura de Nuestro corazon y pesadumbre de todos los hombres de bien, por lo cual os hemos reunido en Consistorio extraordinario para manifestar públicamente hasta que punto Nos afecta semejante crimen y condenarlo ante vosotros con la entera libertad que conviene, tratándose de tan abominable delito.

A consecuencia de la revolucion italiana y de la usurpacion de Roma, Nós hemos visto á la sacrosanta Religion y á la Sede

Apostólica convertidas en blanco de continuos ataques; pero hoy las sectas infames se entregan con furor á la comision de actos mucho peores todavia que los que hemos presenciado hasta aqui. Gentes perversas han resuelto convertir á la ciudad, maestra de los católicos, en capital de toda impiedad y depravacion, y á este propósito la llenan de focos de odio, á fin de conseguir más seguramente, atacando á la misma ciudadela de la Iglesia Católica, destruir y pulverizar, si tanto pudiesen, la piedra angular que le sirve de fundamento. Y, en efecto, como si fueran pocas las ruinas que han ido amontonando durante los largos años que llevan de dominacion, en su afan de sobrepujarse á si propios en audacia, han resuelto la creacion de un monumento público que glorifique ante la posteridad el espiritu de apostasia, haciendo de este modo ostentacion de que quieren guerra á muerte con el Catolicismo.

Que no es otra la mira de los que han dado su nombre á la empresa y de los principales fautores de ella, es cosa evidente en si misma. El hombre á quien colman de honores fué dos veces apóstata, convicto de herejia en juicio, y rebelde á la Iglesia hasta su postrer aliento. Pero hay más; que, precisamente, estos son los títulos que quieren honrar en él, porque nunca jamás estuvo adornado de ningún mérito verdadero. No se enaltece su raro saber, porque en sus escritos se manifiesta adepto del

panteísmo y del materialismo más desvergonzado, imbuido en groseros errores y en frecuente contradicción consigo mismo. No se enaltece su virtud, porque sus costumbres son para la posteridad ejemplo de perversidad y corrupción, á que se ve arrastrada la humana criatura, cuando se deja vencer por sus pasiones. No se enaltecen sus acciones nobles, ni los servicios que prestase á su patria, porque todo su ingenio lo empleó en fingir, engañar, ser egoista, no tolerar la contradicción, adular, tener el alma envilecida y el entendimiento pervertido.

La apoteosis de un hombre semejante no puede significar ni enseñar sino una sola cosa, á saber: que conviene poner toda la actividad de la vida en el total apartamiento de la doctrina revelada y de la fe católica; que conviene librarse del poder y suave yugo de Cristo á la humana razón. Este es, evidentemente, el objeto y empeño de las sectas infames que se esfuerzan con toda energía en separar de Dios á las Naciones, y en atacar con odio inmenso y sumo encarnizamiento á la Iglesia y al Romano Pontificado.

Con el fin de que la injuria resulte más grave y más evidente la significación del monumento, se ha inaugurado éste con gran aparato de fiestas ante numerosísima multitud. Roma ha visto invadidos sus muros por turbas llegadas de todas partes, y en sus calles infames cortejos que ostentan

taban banderas cinicamente hostiles á la Religion, y, lo que es mas horrible aún, pintada en algunas de ellas la figura del espíritu maligno, que es principio de todos los turbulentos y el jefe de todos los rebeldes.

A tan criminal manifestacion únese la impudencia de escritos y discursos, donde sin medida ni vergüenza alguna se hace burla y escarnio de la santidad de las cosas mas augustas, donde se enaltece ardientemente esa absoluta libertad de pensar, madre fecunda en demasia, de todas las malas doctrinas, destructora á la vez de las costumbres cristianas y del fundamento de toda ley y de toda sociedad civil. Y esta manifestacion tan bochornosa y triste ha podido prepararse desde tan larga fecha, y se ha podido organizar, y ha llegado á realizarse no salamante á ciencia y paciencia de los gobernantes sino con su apoyo y favor francos y manifiestos.

Amargo es consignar, y no puede decirse sin asombro, que en esta augusta ciudad, donde Dios quiso establecer la morada de su Vicario, resuene el elogio de la razón humana revelada contra Dios, y que donde el mundo entero aprendió á buscar las puras enseñanzas del Evangelio y los consejos de salvación eterna, por efecto de un criminal trastorno, se consagren hoy en públicas estátuas errores culpables, y aún la misma herejia. Los sucesos nos han traído

á la amarga extremidad de ver así á la abominacion invadir el lugar santo.

En vista de la perversidad de estos hechos, y en razón de que justamente con el gobierno de la cristiandad se nos confió la guarda y defensa de la Religion, declaramos que Roma ha sido profanada, que se ha violado la santidad de la cristiana fé, y denunciamos ante el mundo católico entero, con indignacion y amargura, este sacrílego atentado.

Pero del mismo ultraje cabe que se saquen útiles enseñanzas, porque, en efecto, de él puede deducirse con nueva evidencia si después de haber destruido el Principado secular del Romano Pontífice, Nuestros enemigos se han detenido y dado por satisfechos, ó si para darse por tales ó por consumada su empresa, no aguardan todavía á destruir la autoridad espiritual de los Sumos Pontífices y arrancar de raiz la fé cristiana. Asimismo se viene en conocimiento de si, al reivindicar los derechos de la Santa Sede, Nos movían consideraciones humanas, ó si, antes bien, no Nos impulsaban el cuidado de la libertad de la Cátedra Apostólica, de la dignidad del Pontificado y aún de la prosperidad de los intereses materiales da Italia que con aquellas otras se relacionan. Por último, los mismos sucesos han venido á demostrar y poner muy en claro cuanto valian y que ha sido de aquellas hermosas promesas que al princi-

pio se Nos hicieron resuelta y expontáneamente. En vez del respeto y consideración con que decian que trataban de honrar generosamente al Romano Pontífice, las injurias y afrentas han ido aumentando en gravedad, y con un ultraje evidente y que, á juicio de todos, quedará como el mayor de cuantos se Nos han inferido, se erige un monumento á un hombre sin fé ni costumbres. A esta Roma, de la cual afirmaban que sería siempre Sede gloriosa y segura de los Romanos Pontífices, se quiere convertir en centro de una nueva impiedad, fundando el culto absurdo é insolente de la razon humana, elevada á la altura de las cosas divinas.

Ved, pues, Venerables Hermanos, qué libertad y decoro se Nos deja para el cumplimiento de Nuestra Apostólica misión. Ni aún Nuestra misma persona está libre de peligro y amenazas, pues nadie ignora hasta que punto llegan las miras y empresas de Nuestros peores enemigos; ni tampoco hay nadie que no vea como, merced á lo propicio que para ellos son los tiempos actuales, diariamente crecen en número y osadía, y con cuanta firmeza han resuelto no darse punto de reposo hasta haber llevado las cosas á la extremidad de la ruina. Si en el caso concreto que motiva Nuestras quejas de hoy no se les ha consentido, únicamente por razón de conveniencia, la libertad suficiente para la consecución por la fuerza de sus funestos designios, nadie

duda que cuando se les ofrezca la probabilidad de llevarlos á cabo, no se entreguen iracundos á esos excesos de crimen, puesto que Nos hallamos en mano de quien no teme acusarnos públicamente, como si abrigásemos intenciones contrarias á Italia.

No debe temerse menos que la audacia de esos hombres sin conciencia, que por ella se ven arrastrados á todo género de crímenes, y sus pasiones sobrexitadas, no puedan ser contenidas si llegasen tiempos de desorden, bien por efecto de disturbios civiles, bien en razón de los azares y calamidad de la guerra. Por donde todavía se viene mejor en conocimiento de la condición á que está reducido el Jefe Supremo de la Iglesia, el Pastor y el Maestro del orbe católico.

Necesariamente sucumbiríamos bajo el peso de tan graves cuidados y tan amargas tristezas, sobre todo dada Nuestra mucha edad, si no reanimase á Nuestra alma y sostuviera Nuestras fuerzas la cierta esperanza de que Cristo Jesús no privará nunca á su Vicario de su divino favor, y si Nuestra conciencia no nos advirtiese santamente de la obligación en que estamos de permanecer más fiel y vigilante en el timón de la Iglesia, cuanto más furiosa es la tempestad de concupiscencias y errores provocados contra ella por el averno. De suerte que hemos puesto toda Nuestra confianza en Dios, porque de su causa se trata, y confiamos de modo especial en las fervientes y constantes súplicas que dirigimos á la gran

Virgen, auxilio del pueblo cristiano, y también á los bienaventurados príncipes de los Apóstoles, San Pedro y San Pablo, bajo la poderosa protección de los cuales ha vivido dichosamente esta ciudad de Roma.

Así como Vosotros, Venerables Hermanos, participais asiduamente de Nuestros dolores y os unís á las súplicas que dirigimos á Dios, custodio y vengador de su Iglesia, así también confiamos sin género ninguno de duda en que Nuestros Venerables Hermanos, los Obispos todos de Italia, obrarán de igual suerte y, según lo exija la gravedad de las circunstancias, velarán por el bien de su pueblo con la atención y el cuidado más constantes. Y les exhortamos á que principalmente se esfuerzen en exponer ante el pueblo confiado á su solicitud y declarar abiertamente toda la iniquidad y perfidia que se esconden en las empresas de los enemigos de la Religión al propio tiempo que de Italia.

Y en efecto, lo que se contiene en la fé católica es superior á todo y constituye el supremo bien; pero Nuestros enemigos nada ambicionan tanto como conseguir por sus esfuerzos que el pueblo italiano reniegue de esta fé que le ha proporcionado durante tantos siglos todo género de prosperidades. Deben saber los católicos que no les es lícito dormirse ante semejantes peligros ni combatirlos floja y cobardemente, sino que por el contrario, deben mostrarse valerosos en profesar la Reli-

gión, resueltos en su defensa, y prontos á cualquier sacrificio que las circunstancias impongan.

Estas enseñanzas y consejos se dirigen más especialmente á los moradores de Roma, puesto que su fé, como es evidente, se ve expuesta todos los días á los pérvidos y cada vez más peligrosos ataques de la impiedad. Procuren, mostrándose de este modo dignos descendientes de sus mayores, que fueron admiración del mundo por su fé, perseverar en sus creencias con tanta mayor fidelidad cuanto es más especial el favor que les otorga el cielo poniéndoles en contacto tan inmediato con la Sede Apostólica y todos ellos, y todos los italianos, y los católicos todos del mundo, no cesen con sus plegarias y obras buenas de pedir á Dios que aplaque amorosamente su justa cólera provocada con tan odiosos ultrajes como recibe su Iglesia, y que conceda con su piedad á la comun súplica de los buenos, la misericordia, la paz, y la dicha que los buenos imploran de El. »

Hasta aquí la Alocución del Pontífice, documento que contribuye una vez más á probar la extraordinaria sabiduría del gran León XIII y que revela la noble y enérgica actitud que en presencia de los desmanes de la impiedad sabe sostener con honor de la religión. Su protesta ante el mundo entero,

y en las circunstancias en que lo hace, confirma á todas las almas sensatas en la convicción de que el Papa es el verdadero soberano del mundo moral, y que aun constituido en inicua prisón, su palabra no puede sufrir cadenas: *Verbum Dei non est alligatum*, porque es el Vicario de Jesucristo y el Maestro del orbe católico. En la época del paganismo no existían esas protestas de un soberano moral del mundo, y por eso triunfaba el mal.

Al condenar, pues, la apoteosis tributada insensatamente á la apostasia y al vicio, el Papa ha cubierto de vergüenza la actitud impudente de sus enemigos y de las sectas masónicas, que jamás cesan de hurdir tramas contra la Iglesia; y lo que es más, ha vindicado el honor de la civilización y del catolicismo. ¿Que sería del mundo y de la civilización si la glorificación del vicio y del error lograse implantar el servilismo y la abyección, como el ideal de la razón y de la libertad? Los pueblos católicos no pueden descender tan bajo!

En verdad que Dios ciega á los que quiere perder y castigar; por eso la impiedad siempre se miente á si propia. Qué un religioso desgraciado, un misero apóstata, que no se distinguió ni por su sabiduria, ni por su talento; que propagó doctrinas las más abyectas y absurdas, el panteísmo grosero de Parménides y el materialismo degradante de Epicuro; que fué hombre de vida corrompida y viciosa, tránsfuga y rebelde,

vano, orgulloso, hipócrita; que no pudo ser consentido en parte alguna ni aún por los protestantes, por lo atrabiliario y degradante de sus doctrinas, por los insultos soeces á la religión y á los dogmas, sin que jamás discutiese con altura, talento y erudición; convertido así en oprobio de la filosofía, escándalo de las costumbres y horror de la conciencia cristiana, cuyo nombre y memoria están condenados á perpetua infamia por la razón, la fe y la moral; triste personage, en fin, que la historia ha colocado entre los filósofos vulgares que representan el grado más alto de soberbia y juntamente la degradación más profunda del pensamiento que á si mismo se diviniza con sacrilega impudencia; qué un personage tan infeliz, repetimos, pueda ser objeto de una ruidosa apoteosis, es una aberración que ultraja la dignidad humana, sino fuera una ridiculez sacrilega.

¡Ir á mendigar la memoria oscura de un desgraciado y vulgar apóstata, es lo sumo de la indigencia para la causa que lo proclama como modelo heróico de su ideal! ¿porqué pobre destino la impiedad, que odia á los religiosos y sacerdotes ha de necesitar para su causa del contingente de los sacerdotes que han sido infames ó malvados!

¿Querrá acaso aseverar la impiedad que en la época de Jordan Bruno la Iglesia era víctima del oscurantismo, siendo ese apóstata el único que se distinguiera por su amor á la ciencia, por su talento y erudi-

ción? Eso es mentir impudicamente. ¿Qué parangón puede sufrir esa triste figura con eclesiásticos tan esclarecidos como nn. Baronio, un Belarmino, un Sadolet, un Melchor Cano, un Toledo, un Duperrón, un Fr. Luis de Granada, un Carlos Borromeo y un Francisco de Sales!

¿Qué paralelo podría establecerse entre el mismo y los sublimes génios de un Tasso, un Bembo, Lope de Vega, Calderon de la Barca, Ercilla y el divino Herrera? Cualquiera de esos nombres está muy por encima de Bruno.

¿Porqué, pues, entre tantos génios y hombres ilustres se ha ido á escoger para formar y proclamar su apoteosis, al más oscuro, á ese miserable apóstata, mal ciudadano, religioso corrompido por el orgullo y el vicio, herege vulgar y filósofo adocenado? ¿Porqué la impiedad se esfuerza en levantar del desprecio esa miseria histórica ante el panteón de tantos génios y sabios que fueron sus contemporáneos? ¿Porqué erige un monumento á memoria tan excecable?

El instinto cristiano de seguro que lo adivinará. El propósito deliberado de esa apoteosis ridícula ha sido ajar á la Santa Sede y al catolicismo, glorificando la apostasía y el materialismo abyecto del infeliz Bruno, que fué castigado según las costumbres severas de la época, aunque como lo cree el excéptico Bayle todo su suplicio se redujo á ser quemado en efígie.

Más como quiera que sea, si el fin trágico de ese desgraciado es el único mérito que tiene para la erección de un monumento, desde luego y con mayor razon habia que erigirlo á los diez y ocho millones de mártires que en defensa de la libertad de conciencia fueron víctimas del despotismo y fanatismo de los Emperadores romanos: y después, á las innumerables víctimas de la Revolución francesa, guillotinadas y sacrificadas de la manera más bárbara y cruel, sin proceso y sin defensa, por el gran crimen de ser sacerdotes ó sabios, como Lavoissier, Lalande y Mellesherbes, no aceptar las ideas revolucionarias, ó ser simplemente sospechosos. Invocar el fin trágico de Bruno para declararlo héroe y mártir de la libertad del pensamiento es mera hipocresía; pues ¿porqué no habíamos de compadecer-nos también de las victimas del Terror, muy posteriores á la época de Jordan Bruno y sacrificadas por los ascendientes de los partidarios de ese apóstata ?

¿Quereis saber, amados católicos, cual fué el número de víctimas que sacrificó al partido de la incredulidad, que había simbolizado á la diosa razón en una mujer infame, al renegar de la fé católica?

Chateaubriand, en sus estudios históricos, nos ha trazado el cuadro de las matanzas de la revolución francesa, que es de ayer, y cuando ya no existía la Inquisición, en estos términos.

GUILLOTINADOS

Clerigos	1136
Religiosas	350
Nobles	1278
Plebeyos de distintos estados.	13633
Señoras.	750
Mujeres de labradores y artesanos . . .	1467
Muertos en la Vendé solamente	900000
Victimas del proconsulado de Carrier:	
En Nantes	32000
En Lión	31000
Entre ellos eran:	
Niños	2000
Clerigos	14908

Chateaubriand declara que: «no comprende en este cuadro los asesinatos alevosos de Versalles con los carmelitas ni los de la Abadía, Avignon, Tolon, Marsella y otros lugares.» Cúantas estatuas no debiera levantar el cristianismo á los héroes de su fe?

Y qué se responderá á estas observaciones?

Qué es una injusticia atribuir á los liberales de nuestros días las cruelezas que cometieron los liberales de la revolución francesa y del Terror. Pero entonces ¿por qué se quiere hacer responsables de la severidad de costumbres del tiempo de Jordan Bruno á los católicos de nuestros

días? Luego, pues, la severidad más ó menos rigida de las diversas épocas de la civilización, no puede ser objeto de recriminaciones. Qué queda, por tanto de la cuestión de Jordan Bruno?

Que no puede representar el ideal de nada grande ni honroso para la causa de la civilización. Antes bien ¿cuán pobre debe ser la causa que se vé obligada á valerse de la memoria de un infeliz apóstata, para ostentar ante el mundo civilizado por el cristianismo, que la apostasia es el símbolo de su ideal! Pero ¿no es verdad que eso equivale á la más completa derrota moral é intelectual?

Si tales son los héroes ¿cómo será la causa? causa que para dignificarse y oponerse al cristianismo tiene que servirse de los apóstatas que el mismo cristianismo ha arrojado de su seno como indignos del nombre cristiano por sus errores y sus vicios.

En el monumento á Jordan Bruno, por tanto, no se ha podido honrar ni la ciencia, ni el patriotismo, ni la virtud ni ninguna de las cualidades por las que el hombre llega á ser benemérito de la humanidad. Jordan Bruno fué hasta un libertino soez, cuyas pruebas no podemos aducir por no ofender la moral: y en la vulgaridad de sus doctrinas filosóficas llegó á enseñar que Dios se complacía igualmente con el bien y con el mal, que la poligamia era honesta y legítima, y hasta que «para las enfermedades son eficacísimos los números caba-

listicos, los signos nigrománticos, los encantamientos y la magia».

Erigir una estatua en nombre del pueblo italiano al que lo deshonró cínicamente calificándole: «de pueblo despreciable, incivil, grosero, rústico, salvaje, mal educado, inferior á la plebe más ínfima que pueda existir en la tierra», es insultar á la noble Italia.

Hé aquí, pués, lo que es, lo que significa y representa Jordan Bruno y su apoteosis: un ultraje á la civilización, á la moral, á la razón, al cristianismo y á Italia. Y ¿podrán gloriarse de ella los insensatos que á ese ideal han erigido un monumento en Roma con la pretensión de insultar al grande y sabio Leon XIII? *Iniquitas mentita est sibi*. Se ha engañado la impiedad en sus planes impudentes, y hé aquí que ha proporcionado una victoria más al Leon de Juda: «*Ecce vicit Leo de tribu Juda*».

Sin embargo ese acontecimiento sacrilegio perpetrado en la ciudad eterna, sede del Pontífice, con el propósito de insultar su dignidad y despreciar su misión moral y religiosa en el mundo civilizado, demuestra lo que tantas veces ha declarado Leon XIII, esto es, que no existe verdadera garantía para la dignidad y la libertad de la soberanía espiritual sin el principado civil, que por derecho providencial é histórico le pertenece, y cuya devolución de parte del injusto usurpador reclaman los intereses

sagrados, morales y religiosos de tres cientos millones de católicos, que concurren á constituir la inmensa fuerza moral de que dispone el Pontífice, y contra la cual, al decir de M. Thiers, *se podrá hacer mucho, pero sin conseguir nada.*

La cuestión romana pasa por una crisis tremenda; pero Dios en su providencia la resolverá en pró de los intereses y libertad de la Iglesia, á la cual ha prometido no permitir que prevalezcan sus enemigos.

Al terminar, amados fieles, nuestra exhortación pastoral, os recordamos muy especialmente estas palabras de S. S. León XIII: «Deben saber los católicos que no les es lícito dormirse ante los presentes peligros, ni combatirlos floja y cobardemente; sino que por el contrario, deben mostrarse valerosos en profesar la Religión, resueltos en su defensa, y prontos á cualquier sacrificio que las circunstancias impongan».

Tan energicas palabras pronunciadas por el Papa en prisión, y asediado por sus enemigos, deben encontrar un écho simpático y entusiasta en el corazón y ánimo de los católicos sinceros. Con semejante Pontífice al frente, no temamos entrar con denuedo en las batallas del Señor: la victoria no se hará esperar por largo tiempo.

Mas, para corresponder de la manera más eficaz á las intenciones del Pontífice en la Alocución que os acabamos de transcribir, y según las prescripciones

terminantes de la circular de la S. Congregación de Obispos y Regulares del 18 de Julio último, hemos creido oportuno ordenar, y ordenamos :

Que la presente Pastoral sea leída en todas las Iglesias y Capillas de la Diócesis en el primer dia festivo después de su recepción; y que los señores Curas y Predicadores, en la ocasión que crean más oportuna, instruyan al pueblo fiel sobre el objeto de la misma, y especialmente con relación á la necesidad del poder temporal y prerrogativas del Pontificado.

Como reparación al ultraje inferido á la Santa Sede, ordenamos que en el dia festivo siguiente á la recepción y publicación de esta Pastoral se canten las Letanías de todos los Santos al fin de la misa mayor, con exposición del Santísimo; y respecto á los fieles que procuren aplicar á esta intención el mayor número de actos piadosos y comuniones que les sea posible; y especialmente que en el mes de octubre, dedicado al Santo Rosario, apliquen un tercio del mismo con ese fin.

Hágase, pues, de parte de los católicos todo lo posible para implorar la misericordia del Señor sobre los enemigos extraviados de su santa Iglesia: en esa misericordia está cifrada la esperanza suprema del catolicismo; así es como triunfa y vence de sus perseguidores y enemigos, por quienes debemos rogar fervorosa y asiduamente.

Dada en Montevideo á los seis dias de
mes de Setiembre de 1889, octava de Santa
Rosa de Lima.

† INOCENCIO MARÍA
Obispo de Montevideo

